El hielo de las doce

La primera Navidad en que Sofía puso la mesa, sacó las copas de su abuela y las alineó como recordaba. A las once y media hacía tanto calor que su sobrino quiso llevarse una al patio para tomar agua con hielo.

«Esa no», le dijo, y buscó un vaso de plástico.

Se quedó un rato frente a la alacena abierta. En la repisa de arriba estaban también las copas que su abuela reservaba para cuando hubiera suficientes invitados. Seguían en sus fundas de papel.

Sofía agarró dos de las que había puesto en la mesa. Las llenó de hielo. El chico sostuvo la suya con ambas manos y la llevó despacio hasta el patio.

A las doce, en cada copa quedaba un cubito. Se oyó el golpe del hielo contra el vidrio cuando brindaron.